

Los orígenes de la minería en Cuba. (1)

Las minas del Prado, hasta 1600.

El 15 de Septiembre del año 1530, los funcionarios reales de la Isla de Cuba Lope de Hurtado, tesorero; y Hernando de Castro, factor, escribían (54-1-34) al Rey de España:

"Sabra V. M. que ha muchos dias que se sabe que tres leguas de esta ciudad (de Santiago de Cuba) estaba un cerro que se decia del Cardenillo y hasta ahora nunca se habia hecho experiencia de lo que tenia y en una nao que venia de la Nueva España acertó a venir un maestro de hacer campanas el cual era de su tierra de Gonzalo de Guzman y como supo del dicho cerro quiso ir a verlo y visto trujo algunas piedras del de las cuales se sacó sobre y como Gonzalo de Guzman fué avisado del quisiera que del dicho cerro se diera libertad para que todos los vecinos fueran a cojer cobre del y nosotros sabido que todos los veneros pertenecen a V. M. y que podria ser que el dicho cerro fuese mucha cosa pedimos al dicho Gonzalo de Guzman que la tal licencia general no se diese sin que V. M. lo proveyese y mandase y para que se viese lo que en el dicho cerro habia que a costa de V. M. se haria la experiencia y asi lo pusimos por la obra y se gastaron 56 peso de oro como parece en la cuenta que de ellos se tiene yhallamos que puede haber en el dicho cerro que de ocho quintales de piedra sale de cobre uno y a juicio de todos hay en el dicho cerro mucha cantidad y para haberse de sacar convenia que viniesen maestros con todo aparejo para apartar el cobre de la piedra y para que V. M. lo vea le enviamos 30 libras de cobre fundido y dos quintales de piedra para que V. M. alla mande hacer la dicha experiencia y hecha V. M. mande proveer como vengan los dichos maestros con todo recado porque creemos que en el dicho cerro hay mucho cobre y que asimismo se descubrirán

(1) Este trabajo, así como el publicado en nuestro número del mes de Abril último sobre los orígenes de la industria azucarera en Cuba, —ambos escritos especialmente para LA REFORMA SOCIAL— está basado en los documentos inéditos existentes en el Archivo General de Indias de Sevilla, cuya ortografía hemos tenido especial cuidado en conservar en los numerosos pasajes transcritos.

otros viendo el provecho que de esto sigue y lo que hemos gastado recibiremos merced que V. M. nos envíe cédula para que se nos pase en cuenta."

Los gastos fueron aprobados.

El Gobernador Guzmán, agregó su nombre al de los peticionarios, solicitando que se enviasen metalúrgicos y fuelles, para hacer posible la explotación de la mina; aconsejó al Rey que operase por su propia cuenta el yacimiento, pero sin dejar de permitir a los vecinos operar también las minas, mediante el pago de un 10 por ciento al "Arca de las tres llaves", que a la sazón constituía el tesoro de Cuba. Esta era la contribución usual que pagaban los que disfrutaban de privilegios mineros. Reinaba gran expectación en toda la colonia. (1)

En España, las autoridades se interesaron vivamente en el asunto, siendo el cobre material muy útil para la fabricación de piezas de artillería, y se dieron órdenes para que se analizase en Sevilla el material enviado desde Cuba (74-4-Y. 1. f. 58). El Consejo de Indias pidió (140-7-31) más informes y recomendó que se diese provisión "para que se saque y beneficie con tanto que no se labre allá sino que se envíe en pasta a Castilla porque assi conviene por causas y consideraciones que se tienen".

El Rey puso su Fiat a esta recomendación.

Mientras tanto, los colonos reiteraron su petición, solicitando uno o dos maestros con fuelles y otros aparatos necesarios; pero en Septiembre de 1532 la Corona les ordenó que consultasen con el Gobernador y proveyesen por su propia cuenta a este respecto.

En Febrero de 1534 la Corona celebró (46-4-1 f. 33 (268) f. 54 v; 55v; 79-4-1, Y. 2, f. 10; 11 v; 12 v.) un asiento con Luis de Espinosa, platero, para la explotación de las minas de Santiago.

Se comprometió a construir al pie de la loma de Cardenillo una casa de fundición, de mampostería, y a llevar a Cuba el equipo necesario para tratar el mineral. Los vecinos, evidentemente, estaban en libertad para extraer el cobre de la mina mediante el pago de un 20 por ciento a la Corona. Espinosa quedaba exento del pago de esta contribución sobre el cobre que él y ocho personas más extrajeran por su cuenta. Por tratar el mineral

(1) Véanse las muchas referencias a las minas de Santiago en estos años, contenidas en los "Documentos Inéditos", Segunda serie, especialmente Tomos II y III.

en su fundición debía cobrar a sus vecinos precios estipulados de común acuerdo entre él y el gobernador y los funcionarios reales. Las herramientas que importase estarían exentas de todo derecho arancelario.

En Marzo de 1536, en el curso de un largo informe sobre la perspectiva de la explotación minera en la Isla, Gonzalo de Guzmán informó (54-1-15) a la Corona, que nada se había hecho de lo estipulado en el asiento Espinosa, aunque el platero había procurado operar los yacimientos de cobre con arreglo a dicho asiento. El no podía—decía el gobernador—hacer nada solo, y evidentemente había alguna cláusula en el acuerdo con la Corona que le impedía asociarse o formar una compañía con otros. Otros, a juicio de Guzman, podrían realizar algo, si se reducía el tanto por ciento de la Corona al décimo, en vez del quinto; pero la principal dificultad consistía en que no sabían fundir el mineral, una vez extraído de la mina. Debían enviar a alguien entendido en estos asuntos. Al margen de este documento se lee: "Al Xº por diez años".

En 1540, en los momentos en que el Rey de España tropezaba con las mayores dificultades para adquirir piezas de artillería, un alemán que pasaba por Santiago de Cuba, procedente de la colonia flamenca de Venezuela, suponiéndose que sea Juan Tezel, de Nuemburg, visitó los depósitos de cobre, y creyéndolos valiosos celebró un acuerdo con el Ayuntamiento para operarlos. Sometido el mineral al ensayo y aquilatación, averiguó que contenía de 55 y 60 por ciento de cobre; se advirtió a la Corona, y se descubrió que también contenía oro y plata. En efecto, la presencia de oro y plata en ciertas proporciones es hasta el día de hoy una peculiaridad distintiva del mineral del Cobre. El licenciado Juan de Vadillo, pasando por Santiago, desde Tierra Firme, en camino para La Española, manifestó (53-4-9) que el mineral contenía dos onzas de oro por quintal, y llevó una prueba a Santo Domingo para que allí fuese reconocida.

Otras muestras fueron enviadas a España, y la Corona ordenó que también fuesen reconocidas. Los colonos acariciaban la esperanza de que, a medida que se ahondasen las minas, aumentaría la proporción de metales preciosos. Solicitaron una concesión para explotar la mina "al venteno perpetuamente" (79-4-1, 12, f. 175 v.), y la Corona redujo la contribución a ese tanto por ciento, pero sólo por diez años. En 1551 se redujo todavía a un trigésimo por cinco años (54-1-32).

En 1541 había cuarenta negros trabajando en las minas, que habían demostrado ser "rica cosa" (54-1-34), y se expresaba la creencia de que resucitarían la Isla. "Ay muchas vetas de metal," escribía Gonzalo Fernández, tesorero interino a la sazón. En "pocos días" se fundieron cerca de cien quintales. En otra parte se da crédito a Gaspar Lomanes por haber producido 150 quintales del metal. Las relaciones fechadas el 28 de mayo de 1541 demuestran (141-7-1) que la parte que correspondió a la Corona de lo producido, fué 303 arrobas 3 onzas, "al quintavo y ventavo". Estorbaba las operaciones la falta de fundidores, y se instó a la Corona para que remediase ese mal. Se enviaron más muestras a España, y el decreto relativo a ellas dice: "Cédula a los oficiales que hagan fundir la muestra, etc."

Hacia fines de Mayo, una inundación (de la clase no desconocida de la compañía que en la actualidad opera estas mismas minas) se había llevado el ingenio que se estaba erigiendo para tratar el mineral.

Antes de 1545 Juan de Lobera (posteriormente alcaide de la primera fortaleza de la Habana) había llevado 90 quintales de cobre de Santiago a Sevilla (148-2-4, T. 9. f. 171), presumiéndose que él mismo los acompañó, porque estuvo en España en la primavera de ese año, buscando artillería y municiones para la protección de la Habana.

En junio 3 de 1547, la Corona aprobó (148-2-5, T. 10, f. 226) la intención de las autoridades de Sevilla de hacer "tres tiros de artillería" de cobre de Cuba, "porque diz que para esto es bueno y no para otra". La realización de este propósito parece haberse demorado. En Septiembre 1, 1548, Sevilla informó (148-2-5, T. II, f. 55 v.) que de estos tres tiros haba reventado un falconete. Debía refundirse cuando se repudiese el maestro de los efectos del accidente.

Tezel, mientras tanto, se había dirigido a Alemania, patria de los hábiles metalúrgicos de aquella época, y allí aprendió el arte de fundir el cobre. En enero 11, 1546, celebró un acuerdo con la Corona (los detalles completos se preservan en 54-2-2) para operar las minas, que describió como regularmente ricas en calidad y abundantes en cantidad. Al parecer, tardó después un año en preparar su expedición, pues la cédula dirigida a Sevilla ordenando que sus oficiales obtuviesen permiso para ir a Cuba, prescindiendo del hecho de que eran extranjeros,—nom-

brados Friderico, Conrado, etc., etc.,—lleva fecha de 3 de Febrero, 1547 (148-2-5, T. 10, f. 150).

Tezel tropezó con dificultades entre el pueblo de Santiago. Parece que éste quería que divulgase los secretos del arte que le había costado dinero y tiempo aprender personalmente en Alemania. En 1550 el Gobernador Angulo fué llamado a dirimir la disputa entre Tezel y el cabildo, mediante una transacción, con arreglo a la cual el alemán se comprometía a enseñar a los esclavos aptos pertenecientes a los vecinos, a cambio de su trabajo, durante un aprendizaje de un año y medio, y como compensación del tiempo, dinero e inteligencia que había dedicado al desarrollo de las minas de cobre en Cuba debía recibir el 3 por ciento sobre el cobre que se extrajese en lo adelante por cualesquiera otras personas en la Isla, y le corresponderían dos minas más, todo esto además de su asiento con la Corona.

No eran propicios los tiempos para Tezel: corsarios, pleitos, un huracán, el naufragio, la muerte, la inutilización de sus empleados, fueron algunas de las contrariedades con que tuvo que tropezar. Sin embargo, en 1563 indicó el deseo de reanudar las operaciones en Santiago; pidió al Rey que declarase válido el asiento celebrado en 1546, y, después de la debida consideración, en 1571, así se hizo; pero Tezel falleció, evidentemente antes de que pudiese aprovecharse de esta confirmación que le había costado años de la enmarañada tramitación burocrática (54-2-2; 79-4-2, I 4, fs. 125; 226; 231 v; 254 v.)

Don Gabriel de Montalvo, nombrado gobernador de Cuba, entró en la Isla en 1575 por el puerto de Manzanilla (que así se escribía en sus días y se siguió escribiendo durante mucho tiempo) siguiendo de allí viaje hasta Santiago. Informó sobre la riqueza del depósito de cobre de esa región, y recomendó a la corona, como lo hizo, a su vez, su sucesor el Capitán General Carrero, que desarrollase los recursos minerales de la Isla (54-1-15; 79-4-2, Y 5, f. 31), aunque es verdad que más les interesaba el oro que el cobre o el hierro. Al dorso de la carta de Montalvo en que alaba los depósitos de Santiago se le ordena que envíe "relación y muestra", y este decreto asumió la forma de una cédula en el mismo sentido.

En enero (?), 1578, la Corona celebró un acuerdo con Sancho Medina Cerezo, para la explotación de las minas de Santiago (79-4-2, Y 4, f. 328), a quien se describe como vecino y jurado de Sevilla, experimentado en esos asuntos. En este asiento se le

hacía regidor de Bayamo y se daba instrucciones al gobernador para que lo ayudase en todo. El se obligaba a llevar a Cuba, dentro de tres años, 100 labradores con sus familias y 30 solteros (el total se elevó después a 150) y mantenerlos allí a sus propias expensas. Se les darían estancias y solares. Lo que quedase del equipo de Tezel debía pasar a manos de Medina. Este no pagaría derecho sobre las herramientas, bastimentos, etc., que introdujese en Cuba durante seis años para mantener su empresa, pero no podría vender nada de lo que importase al amparo de esta exención. El cobre que embarcarse para España no devengaría derechos a su llegada. El Rey debía ayudarlo de todos los modos posibles a explotar las minas, y del producto obtenido la Corona recibiría una vigésima parte. La Corona reconoció su compra de ciertas licencias para pasar 500 negros esclavos a Cuba. Medina debía recibir una mitad de lo que otros que explotasen minas de cobre en Cuba pagasen al gobierno como contribución por el privilegio de operar las minas. Se le daba el título a diez minas que pudiese denunciar, incluso las que habían sido de Tezel, "sin perjuicio de tercero". Se le aseguraban muchas ventajas más, a él y a sus hombres, pero estos no debían ser de los prohibidos. El asiento debía ser válido por diez años; pero Medina perdería todos sus derechos si dentro del plazo de dos años no aprendía "el secreto de las minas".

Medina falleció, dejando al parecer, bien adelantados los preparativos para una expedición con arreglo a estas estipulaciones, y Alvaro de Clavijo Loaysa ocupó su lugar. (79-4-2, Y 4, Fs. 3360; 337 v.; 338; 338v.; 340; 341; 342; 342 v.; 343; 345; 348; 348 v; 349 v; 361; 362; Y 6, fs. 3 v; 5 v; 54-2-3; 154-1-8, I., f. 273).

Clavijo y Medina habían formado una sociedad en enero 4, 1578, para un período de diez años. Medina aportó a la sociedad 1,600 ducados y un barco, y Clavijo trajo a ella una cantidad igual de dinero y ciertas licencias para pasar esclavos a las Indias (siendo de presumir que sean las mismas confirmadas en el asiento). La hija de Medina, doña Inés, se opuso a que Clavijo dirigiese el negocio después de la muerte de su padre. En carta que aun se conserva, lo acusa de enviarle, en vez del pésame que debía esperar con motivo de su desgracia, la notificación de su pretensión al asiento. Acúsale de haber apresurado la muerte de su padre con el incumplimiento de su parte del contrato. (54-2-3). Clavijo contestó que reconocía su interés en la em-

presa, pero que ella debía nombrar una persona que la representase y contribuir con su parte del dinero necesario para proseguir con buen éxito la obra.

El 16 de junio de 1579 Clavijo informó que tenía su expedición reunida en Sevilla, lista para darse a la vela (54-2-3), y parece ser que su plan era salir de Cadiz en el mes de julio siguiente (79-4-2, I 6, f. 16.; f. 16 v); pero probablemente se demoró hasta el mes de Septiembre siguiente, fecha en que probablemente salió de San Lúcar. De todos modos, lo cierto es que cuando llegó a Santo Domingo se encontró con que acababa de arribar un barco que había sido saqueado por corsarios, quienes habían dado muerte a la mayoría de sus tripulantes. El pánico se apoderó de la gente de Clavijo, que se negó a continuar viaje hasta Santiago de Cuba, en vista de que el derrotero que debían seguir se hallaba dominado por audaces y victoriosos enemigos. En enero de 1581 Clavijo se hallaba en la Habana con menos gente de la que necesitaba, según decía el gobernador. Regresó a España, y procuró reunir una segunda expedición, pero la peste asolaba la tierra, y las ordenanzas cuarentenarias le impusieron grandes trabas; la muerte lo acechaba; su esposa, sus hijos, su criado fallecieron, y él quedó solo. En Octubre de 1583 pidió una prórroga de su concesión, pero es de presumir que se le negase, puesto que, llamado el Gobernador Luxan a informar, declaró que Clavijo nada había hecho (54-1-15-54-2-3; 79-4-2, f. 650; 54-2-23).

Es muy posible que Luxan no haya sido imparcial al asumir esta actitud. La real cédula de junio, 1576, que le ordenaba indagar cuál era la perspectiva minera en Cuba y rendir un informe sobre este particular, contenía estas palabras: "Y si se hallasen personas que en el entretanto quieran encargarse de beneficiarlas (minas) concertareys os con ellos lo menos que pudiere etc.", y a tenor de esta cláusula en 1577 Juan Velázquez y un tal Castaño adquirieron de Bartolomé de Morales, teniente de gobernador en Bayamo, el título a ciertas minas cerca de Santiago, debiendo ser confirmado dicho título por la corona. Como condición para obtener el título, se exigía a Juan Velázquez que probase su capacidad para tratar el mineral de cobre, y es una prueba oficial que se efectuó el 9 de enero de 1577 compró en 350 pesos "el dicho asiento del cobre con el ingenio y con todas las demas cosas contenidas en el inventario que se vende por bienes del dicho Juan Tezel difunto." En Julio 8, 1578, Antonio

(en otras partes se le llama Juan) Castaño decía que había una veta de cobre "con sospecho del oro", siendo el nombre de la mina "San Miguel que está en la carda del cerro a vista del Pinal"; porque poseía "en el sitio del cobre fragua y casa de fundición para beneficiar los metales", se le concedió el título a esa mina. En Febrero 17 de 1577 un pregón había prohibido a las personas que a ello no tuvieran derecho explotar las minas en las lomas productoras de cobre de Santiago.

No me resulta claro cuándo o cómo Hernán Manrique de Rojas llegó a interesarse en las minas de cobre; pero el Gobernador Luxan decía (54-2-7) en 1583 que Hernán Manrique había enviado veintidós esclavos suyos a las minas para hacer labranzas "que es lo principal", a fin de que allí los trabajadores "tengan que comer". En 1585, poco más o menos, Manuel Núñez Lobo, a quien el Gobernador Luxan describe como "prófugo" de Santo Domingo, envió veinte esclavos desde allí, tal vez como la contribución que le correspondía en virtud de algún acuerdo práctico celebrado con Hernán Manrique. En 1588 Núñez Lobo compró a Doña Inés de Frías, viuda de Juan Velázquez, sus derechos a las minas de cobre por la suma de 350 pesos, y once años más tarde, su abogado pretendió que, mediante compra, había adquirido todos los derechos que Juan Velázquez y Castaño habían transpasado a Hernán Manrique.

Luxán, informando en 1587, decía que hasta esa fecha no había visto cobre ninguno como resultado de las actividades de Hernán Manrique, si bien entendía que se había sacado alguno. La falta de resultados no debía achacarse a deficiencia de las minas. "Hay tanto—escribía—y son tantas las minas que pueden proveer todo el mundo dello". Poco después añadía (1587) que había noticias de una nueva mina "de que salía más azulado." (54-1-15).

Es posible que esta mina no estuviese en Santiago, sino en Bayamo, donde se sabía que había minas de cobre, así como en la Habana había también un depósito llamado "las minas de Guacaranao." No encaja, sin embargo, en este artículo la consideración de estas minas.

Cuando Drake efectuó su gran incursión en las Indias Españolas, demostrando que no era el Rey Católico, sino la Virgen Reina de la hereje Inglaterra quien dominaba los mares, se llevó a la práctica un plan comprensivo para fortificar las islas del

Caribe y ciertos puertos de la tierra firme española, bajo la dirección del maestro de campo Juan de Texeda, a quien se había nombrado gobernador de Cuba, y del ingeniero Juan Bautista Antoneli. La artillería para los nuevos fuertes debía construirse en la Habana; el cobre necesario debía extraerse de las minas de Cuba; y suponíase al principio que los depósitos situados cerca de esta ciudad bastarían para suministrarlo. La historia del establecimiento de la fundición de artillería es una serie de errores tras errores por parte de la burocracia de Sevilla, lo mismo que de las autoridades de Cuba. No es necesario pormenorizar aquí estos errores; baste consignar que cuando se extrajeron 2,000 quintales quedaron agotadas las minas de la Habana, y el Capitán Francisco Sánchez de Moya volvió los ojos hacia el Este en busca de la provisión necesaria para operar la fundición que mientras tanto se había erigido en la Habana.

En enero 30 de 1598, cumpliendo lo acordado con el Gobernador don Juan Maldonado y los funcionarios reales, Sánchez de la Moya envió a Juan Gutiérrez del Rayo "a las minas de Santiago de Cuba a beneficiarlas con recaudos del dicho don Juan y míos para que tomase los negros fundidores que en ellas tiene Rodrigo Manuel Núñez Lobo, un mercader de Santo Domingo, á jornal."

Estos eran doce negros pertenecientes a la Corona que Santiago de Cuba había alquilado a Núñez de Lobo para que trabajasen en las minas. "Lo fijo y de importancia—escribía el gobernador—es lo de Santiago." Maldonado confiaba en el valor de esas minas para descargarse de la acusación de haber exagerado el valor de las minas situadas cerca de la Habana, a la vez que no informaba exactamente acerca de las de Santiago; explica que no había hecho hincapié en su informe al Rey, sobre el valor de los depósitos de Santiago porque ya era perfectamente conocido; lo que había hecho era disipar la errónea creencia de que no era posible tratar debidamente el cobre cubano. Parece cierto, en efecto, que por largo tiempo prevaleció la creencia de que el cobre de Cuba no tenía ningún valor. (54-2-7; 54-1-15).

Un párrafo de las instrucciones dadas al Capitán Sánchez de Moya le ordenaba: "visite y reconozca todas las minas de cobre de la isla en persona "y que ponga mano en las mejores." No lo hizo sino hasta el 30 de Septiembre de 1598, cuando partió acompañado de "dos fundidores y algunos peones y maestros de hacer fuelles y hierros." A ochenta leguas de la Habana "en

un término que se nombra Las Malezas halle"—escribía al Rey (54-2-7)—"unas minas de muy buen cobre pero asentadas en una sabana llana y tan pequeñas que no quise hacer costa de ingenios", en vista de lo poco que prometían. A veinte leguas de allí, cerca de Sancti Spíritus, encontró otros depósitos "que se nombran el cerro de los santos que las descubrieron antiguamente indios", que buscaban oro. Estas minas parecían prometer algo, pero para encontrar las vetas se necesitaba tiempo y trabajo, y de esto último se carecía en esas inmediaciones ("esta tierra no tiene indios"). Encontró otras minas que prometían "en otro cerro que se llama guima", a cuatro leguas de Sancti Spíritus, y todavía otras más, en dirección Norte, hacia el mar "en otro cerro llamado pelo malo de Antonio González que son de poca consideración". "De todas estas—escribía—"la que más lejos de la mar del Norte,—19 leguas; y del sur, la más lejos diez." "Pase al Puerto Príncipe—continúa—"y diez leguas de la mar y dos" de la colonia encontró cobre pero en una sabana donde la falta de agua haría costosas las operaciones. A una legua de esas minas vió depósitos de hierro "de gran cantidad y bondad y muy buena disposición"; carbón y leña y agua para potencia motriz se hallaban a mano. Envió una muestra de este mineral al Rey. Continuó viaje hasta Baracoa, donde, dice, "*reconoci dos minas, una de piedra imán y otra de esmeril de gran cantidad que estan cuatro leguas del lugar.*" Llegó a Santiago, dice, el 2 de enero; ciertamente en ese mismo día inició el desahucio de Manuel Núñez Lobo, que estaba operando las minas de cobre de esa región, bajo el título que adquirió, como se ha dicho, de Hernán Manrique, Juan Velázquez y Castaño. Pedro Bustillo, representante de Núñez Lobo, protestó a cada paso de los procedimientos de desahucio; pero parece que el derecho de la corona a reasumir el manejo de las minas estaba reconocido en el mismo título que poseía Núñez Lobo. Sánchez Moya declaró que había vacado, y en 8 de enero de 1599 tomó posesión en nombre del Rey de las minas que había descrito como situadas "por la parte de la dicha ciudad de Santiago dos leguas y por la parte que sale al camino del Bayamo y en redondo tomando hacia la parte del norte y del sur tres leguas desde las dichas minas a todas partes para que ninguna persona de oi en adelante sea osado a montear, cortar leña, pescar, ni cortar. . . guano ni plantar ni fundar, etc., etc." Reclamó la posesión íntegra en nombre de la corona, "y en señas de posesion el dicho

capitán mandó se fixase una cruz en el sitio que sea de hacer la iglesia de estas minas", cruz que se plantó, evidentemente, el 9 de enero 1599. Para el día 11 ya estaban completos todos los requisitos legales y pregonado el acto debidamente. (54-2-7).

Parece que fué el Capitán Sánchez de Moya el que dió a las minas de Santiago el nombre de "Las Minas del Prado".

Las bienhechurías de las propiedades que pasaron a sus manos consistían en seis o siete "*buhíos*", la armazón de madera de una casa de fundición, "*dos ruedas para hacer un ingenio de traer fuelles*", y siembras de yuca, calabazas, maíz, plátanos, etc. Sánchez de Moya agregó la caña de azúcar a sus cosechas. También había un bote pescador, de lo que resulta evidente que figuraba el pescado en el menú. Compró tierra para la cría del ganado, "tres leguas a la parte de Santiago a un lado", y reunió 800 cabezas. El ganado, dijo, valía 14 reales por cabeza. En la dirección de Bayamo, adquirió un corral de puercos, "*para manteca para las cuaresmas y entre años los viernes*." Esto, a su juicio, junto con la caza de ganado, bastaría para proveer de carne a sus trabajadores. (Todavía esperaba una consignación de 200 negros esclavos). Compró algunas leguas, caballos y mulas, para operar sus fuelles, porque decía que no había medios de utilizar la potencia hidráulica. Fabricó dieciocho tejas para el techo de la casa de fundición. Quemó carbón vegetal, construyó hornos, curó pieles para los fuelles, construyó tres pares, y se hallaba en vías de construir el cuarto, cuando fué llamado a la Habana. Construyó caminos y un sitio alrededor de los bohíos. También fabricó una iglesia y extrajo cinco arrobas de cobre para la campana. Era—decía—"una iglesia como las que se usan en esta tierra, cubierta de guano". (54-2-7).

Los esclavos que la corona le había prometido para que realizase lo que de él se esperaba no acababan de llegar, y por eso se apoderó de 59, cargamento de un barco que se dirigía a Méjico y que llegó a Santiago. El tenía trece más, que había traído de la Habana, y ocho de los doce que Santiago había alquilado a Núñez Lobo. (54-2-7).

Recogió con las debidas formalidades el testimonio acerca del costo de manejar el mineral: 76 arrobas y cinco libras, "metal cobre quemado", producía 17 panes de cobre, que pesaban 25 arrobas, 16 libras, neto de tara, a un costo que se calculaba en no menos de 4½ reales la arroba" (54-2-7).

La primera fundición que hizo fué en abril 22 1599 (su fundidor parece que era un alemán de apellido Bernal), y hasta el 23 de septiembre se sacaron 109 quintales en catorce fundiciones. Los resultados hubieran sido mayores sin la falta de brazos. Como experimento construyó un falconete "que tira dos libras de bala sin liga ninguna que pesara ocho quintales, y cuatro acrebices para los fuelles que todo salió muy bueno." Lo mismo piezas para sus fuelles, hizo utensilios de cocina con el cobre que encontró maleable después de una sola fundición. (54-2-7).

En esta precisa coyuntura el Capitán Sánchez de Moya recibió la notificación de que le convendría presentarse en persona en la Habana para informar a don Luis de Faxardo, comisionado para investigar todo el asunto de las minas de cobre y la fundición de artillería. La corona y el consejo estaban descontentos. Cargó un barco con todo el cobre que tenía, para su transporte a la Habana, y salió para esta ciudad. Antes de que el barco pudiera zarpar las autoridades locales de Santiago de apoderaron de él, y lo descargaron. Tenían noticias de que había corsarios por allí y necesitaban el barco.

El Capitán Sánchez de Moya llegó a la Habana el 19 de octubre de 1599. La corona y el consejo se hallaban perplejos, sin saber qué partido adoptar: si debían continuar la fundición de artillería de la Habana, o cerrarla; si debían operar las minas en Santiago, o arrendarlas bajo asiento. A esta última proposición se opuso enérgicamente el Capitán Sánchez de Moya, porque—decía—ya se había realizado la obra costosa de comenzar su explotación, y las utilidades estaban a la vista. Arrendarlas bajo asiento en esos momentos era sacrificar una excelente perspectiva. Se discutió acerca de si se debía enviar el cobre de Santiago a Cartagena en veleras fragatas, cuando no fuesen frecuentes los ataques de los corsarios, para trasbordarlo a la Capitana y Almiranta, de la flota de Tierra Firme como lastre, o, quizás, convertirlo allí en artillería. El Capitán Sánchez de Moya, convino en que esto era factible, pero expuso también que los soldados de la guarnición de la Fuerza podrían ser destacados para proteger los barcos que trajesen cobre de Santiago a la Habana, y que estos barcos, así armados, podrían asimismo prestar un buen servicio limpiando las costas de "ladroncillos rateros", que las frecuentaban. En los informes presentados a

la corona (54-2-7), a fines de 1599 y principios de 1600 había divergencia de opiniones acerca de lo que debía hacerse con el mineral una vez sacado en Santiago; pero había perfecto acuerdo sobre los puntos que más interesaban al Capitán Francisco Sánchez de Moya: que la corona continuase allí el laboreo de las minas, con el mismo Sánchez de Moya al frente, puesto que tan buena cuenta había dado de sí bajo difíciles circunstancias.— (54-2-7).

I. A. WRIGHT.

Ar